

sorprenderlo, mi mano signió poco á poco la curva de su cuello nervioso, y la de tuve, en fin, en el lugar en donde la última vértebra, se une al cráneo. El caballo se estremeció; mas logré calmarlo con la voz; cuando sentí debajo de mis dedos palpar (si se me permite decirlo) la vida en el cerebro, me incliné hácia el lado de la pared, saqué suavemente los piés de los estribos é introduje con fuerza la hoja aguda de mi puñal en el lugar donde se encuentra el precipicio vital.

El animal cayó como si hubiese sido herido por un rayo, sin hacer el menor movimiento, y yo con las rodillas casi á la altura de la barba, me encontré montado en un cadáver. Me habia salvado; arrojé un grito de triunfo al que contestó otro grito del coronel, que el abismo repitió mugiendo, como si hubiese comprendido que se le escapaba su presa. Abandoné la silla y me senté entre la pared y el cuerpo de mi caballo, y allí, apoyado en uno de los pilares, empujé vigorosamente con las dos piernas el cadáver del pobre animal, que rodó al abismo. Me levanté, atravesé con unos cuantos brinco toda la distancia que me separaba del lugar en que estaba al principio en el llano y bajo la irresistible reaccion del terror,

que habia comprimido por tanto tiempo, caí desmayado en el suelo. Cuando abrí los ojos, se hallaba á mi lado el coronel.

II.

LA HACIENDA DE S. EUSTAQUIO.

Después de haberme felicitado por mi destreza y mi serenidad, Garduño me preguntó, por qué casualidad me hallaba solo á aquella hora avanzada de la noche cerca de un edificio en donde habia una guarnicion española. Le dí parte del proyecto que nos conducia á mis soldados y á mí.

—¿Cuántos soldados tiene vd. á sus órdenes? me preguntó.

—Cien, poco mas ó menos, resueltos á beber agua ó á morir.

Al oír esta contestacion, ví que los ojos del oficial brillaban con una alegría casi feroz.

—¿Tiene vd. mucha sed? le pregunté.

—¿Sed de venganza! contestó el oficial; y ese es el motivo por qué, sin embargo de la destruccion casi total de mi destacamento, ando errante de dia y de noche, por estos alrededores, espiondo

una ocasion favorable para obtener la venganza.

—¿Y qué es lo que quiere vd. vengar, coronel?

—Un ultraje, al que no podré sobrevir si no lo lavo con sangre, ó al menos vuelvo ultraje por ultraje. Tengo cosa de cincuenta hombres, contestó el coronel, que parecia no queria explicarse mas, y voy á reunirlos con los de vd.

Indiqué al coronel el lugar en donde nos podia encontrar, y me apresuré á reunirme con mi tropa, que me esperaba con impaciencia. Apenas habia concluido de relatar mi aventura á Valdivia, cuando el coronel Garduño llegó con cincuenta hombres, como lo habia anunciado. Supimos por su boca, que infructuosamente habia atacado la hacienda la víspera, y que habia sido rechazado con una pérdida considerable. Comenzamos entonces á deliberar, y el coronel sometió á un severo interrogatorio al prisionero español. Dió en seguida orden de marcha, y cuando nos encontramos cerca de la hacienda:

—¿Cree vd., dijo al español, que habrá centinela en el campanario?

—Siempre hay un centinela de noche, contestó el prisionero; pero hay probabi-

lidades de que esté dormido en su puesto, de donde nadie puede vigilarlo:

En el momento que hablaba el español, los gritos de: *¡Centinela, alerta!* circularon en lo interior de la hacienda; eran los centinelas que corrian la palabra. Seguimos con atencion las diversas voces que respondian y espiraban á lo lejos. Ninguna voz se oyó en la garita de piedra del campanario; así, pues, el centinela se hallaba dormido.

—¡Oh! si tuviéramos una sola pieza de artillería! exclamó Valdivia; mientras que cincuenta hombres escalaran, con auxilio de sus *lazos*, la azotea del edificio, batiáramos la puerta, y cojeríamos entre dos fuegos á esos perros *gachupines* (1).

—Hemos dejado un cañon entre las malezas, no lejos de aquí, dijo el coronel; pero no puede servirnos porque está hecha pedazos la cureña: es un trozo de cobre inútil.

—¿Tiene vd. municiones? le pregunté.

—El cañon está al lado de una caja llena de ellas, contestó Garduño; pero, le repito, que sirve tanto como un fusil sin llave.

(1) Hombres que portan zapatos; es el nombre que dieron los indios á los primeros conquistadores españoles.—N. del A.

Dirigí una mirada á los nerviosos brazos de Valdivia; éste me comprendió.

—Llevaré algunos soldados, é iré á buscarlo, dijo Valdivia. Señores, esta noche beberémos hasta apagar la sed.

Y al decir estas palabras, Valdivia se dispuso á marchar.

—No irá vd. solo, le dije.

—Si el cañon no pesa mas que un caballo con su ginete, podré traerlo sin necesidad de auxilio.

—Pesa mucho mas, contestó el coronel; van á acompañar á vd. diez hombres, que saben en dónde se encuentra el cañon.

Al cabo de un cuarto de hora volvieron, trayendo lazada con sus reatas la pieza, que habian desmontado, y arrastraban á cabeza de silla por un terreno desigual. Algunas veces un obstáculo cualquiera detenía su marcha; entonces se inclinaba Valdivia, hacia un esfuerzo, y el cañon, libre, seguía de nuevo arrastrándose. Mandé formar á mis soldados, en silencio, á cosa de trescientos pasos de la hacienda.

—Ahora, hijos míos, les dije, tenemos dos medios de atacar: el primero es arrojar todos juntos nuestro grito de guerra, como lo hacen los indios; el segundo es escalar la hacienda, mientras que con

la pieza de artillería, batimos la puerta; el prisionero ascenderá con vdes. para que les sirva fielmente de guía, bajo pena de muerte, y entretanto penetramos nosotros por la brecha, vdes. entrarán por la azotea. Pero este segundo medio no puede adoptarse, sino en el caso en que se encuentren cincuenta hombres, bastante valientes, ágiles y resueltos para escalar una pared que cae á un precipicio, cuyo fondo no puede verse. Además, pasada cierta altura, añadí, el hombre que cae, nada ve.

—Yo seré el primero que suba, exclamó el coronel, que habia escuchado mi arenga, y tal vez por premio de nuestra audacia serémos bastante dichosos para echarle mano al comandante.

—Parece que lo aborrece vd. mucho, dije al coronel.

—¡De muerte! como puede quererse á un hombre que nos ha hecho un ultraje mortal.

El ejemplo del coronel alentó á los guerrilleros, y aquel pudo escojer, entre los que se ofrecían, á los mas fuertes y ágiles para acompañarlo. De toda aquella tropa, el que parecia evidentemente menos entusiasmado, era el prisionero español, á quien no le acomodaba mucho aquel

escalamiento de una pared de veinticinco piés de altura, que se elevaba á la boca de un espantoso abismo.

Los cincuenta hombres designados por el coronel hacían sus preparativos de escalamiento. El macizo edificio estaba cubierto de *almenas* que indicaban la nobleza del propietario. Cada soldado estaba provisto de un lazo, cuya *gaza* la formaba una argolla de fierro. En un momento quedó colgada una cuerda en cada *almena*; y antes de dar la señal de que comenzase la ascencion, convenimos Garduño y yo en que los soldados del coronel no atacarán la guarnicion enemiga sino cuando oyesen el tercer cañonazo; tres balas nos parecían mas que suficientes para echar abajo la puerta de la hacienda. Arreglados estos preliminares, el coronel, con su calma ordinaria, tomó el primero una cuerda que debia servirle de escala, y la colocó en las manos del prisionero, ordenándole que subiese él primero. Cuando estuvo el español á algunos piés de distancia del suelo, Garduño colocó su puñal entre los dientes, y se alejó de la tierra á su turno. Los guerrilleros hicieron lo mismo, y pocos momentos despues vimos á cincuenta hombres ayudándose con las manos á lo largo de la cuerda, y con los

piés contra la pared, flotar sobre el precipicio, como otros tantos demonios que parecían salir del abismo.

Aunque peligrosa de por sí, porque un repentino aturdimiento, ó la debilidad de alguna de las cuerdas que se reventase, podia lanzar á un hombre á la eternidad, aquella ascencion era mas fácil que el ataque de que yo me habia encargado. Aun cuando el centinela apostado en la garita del campanario hubiese velado con el mayor cuidado, no podia distinguir á los asaltantes, ocultos por la pared; pero puesto que habiamos escogido ofrecia otro género de peligro: íbamos á abandonar la parte cubierta de árboles que ocultaba nuestra presencia á la vista de los centinelas para entrar en campo raso, embrazados con un cañon que era preciso conducir á fuerza de brazos. Felizmente aquella marcha se verificó sin accidente, y cuando vimos al último de los nuestros echar pié á tierra en la azotea de la hacienda, pensamos Valdivia y yo en desempeñar el papel que nos habiamos reservado.

Antes de descubrirnos comencé por ordenar que cargasen el cañon. Los que lo habian conducido dispusieron de nuevo sus caballos, y avanzamos; pero apenas

habíamos dado algunos pasos, cuando uno de los centinelas, apostado en uno de los cobertizos interiores, dió la voz de alarma y disparó sobre nosotros su carabina. Felizmente no nos ofendió la bala, y redoblamos nuestros esfuerzos para conducir el cañon desmontado hasta el lugar en que suponíamos que se encontraba la puerta de la entrada que queríamos forzar. En aquellos momentos llegaron á nuestros oídos otros tiros de fusil, y vimos en el patio de la hacienda redoblar los tambores y resonar los clarines. Perdimos, pues, la esperanza de sorprender la guarnicion, y ordené á mis soldados que arrojasen gritos agudos cambiando á cada grito la entonacion. Gracias á esta astucia, parecia que ahullaban á la vez quinientos hombres. La detonacion de la pieza de artillería, á la que yo mismo di fuego, despertó todos los ecos.

Inmediatamente quedaron guarnecidas las alturas con soldados españoles, y las descargas se sucedieron con rapidez. Aunque comenzasen á ser mortales, el deseo de vencer hizo que ninguno de los soldados retrocediese un palmo. Contestamos al fuego del enemigo. Los soldados de caballería, que conducian el cañon, redoblaron sus esfuerzos; pero en el momen-

to en que iban á dar vuelta á la esquina para seguir la pared que daba frente á la hacienda, y en la que estaba situada la puerta principal, los detuvo un foso ancho y profundo. Sin un puente provisional habria sido imposible que el cañon salvase aquel obstáculo inesperado.

—Echarémos abajo un lienzo de la pared, me dijo Valdivia. Esos ladrillos han de resistir menos que una puerta de encino con plancha de fierro.

—Es verdad, exclamé, y eché pié á tierra, para apuntar la pieza antes de cargarla; pero en el momento en que me inclinaba para fijar la puntería, arrojé un grito de desesperacion, porque comprendí que nos habíamos engañado; por consecuencia de la altura del muro y de la desigualdad del terreno, la bala no podia llegar mas que al taluz sobre lo que se hallaban los cimientos de ladrillo. Todos nuestros esfuerzos eran inútiles. ¿Cómo habíamos de subir ó bajar la boca de una pieza de artillería privada de cureña? Una lluvia de balas caia sobre nosotros; la posicion que guardábamos era demasiado crítica. Sin escalas no podíamos llegar á los muros defendidos por un fuego nutrido, y los cincuenta homdres que debian combinar su ataque con el

nuestro, corrian riesgo de morir ó caer prisioneros, sin provecho alguno para nosotros.

—¿Cuánto es lo que falta para que el cañon apunte al centro de la pared? me preguntó Valdivia.

—Pié y medio, poco mas ó menos, contesté midiendo de nuevo el terreno y tirando con la vista una línea hasta el pié del muro.

—¿Y si tuviera vd. una cureña de pié y medio de alto, podría vd. abrir una brecha?

—Sin duda.

—Pues bien, mi espalda servirá de cureña, contestó Valdivia.

—¿Se está vd. chanceando?

—No; hablo sériamente.

Todo el mundo conocia el extraordinario vigor de Valdivia; pero nadie esperaba semejante proposicion. En efecto, Valdivia hablaba sériamente, porque se arrodilló, apoyó sus dos manos en el suelo, y presentó la superficie de sus anchos pulmones para sostener el cañon.

—Probemos, dijo. He prometido que tendríamos agua esta noche, y que salvaria al ejército del general. Así, pues, manos á la obra.

Seis bombres, con muchísimo trabajo,

lograron levantar el cañon á la altura necesaria, colocándolo en equilibrio en la espalda de Valdivia. El hércules soportó el enorme fardo sin moverse. Uno ó dos lazos enrollados alrededor del cañon y bajo el vientre del intrépido soldado, sirvieron para afirmar la pieza como una *caronada* á bordo de un navío.

—Carguen la pieza hasta la boca, exclamó Valdivia.

Las balas continuaban lloviendo, y uno de los hombres que cargaban el cañon, cayó muerto al lado del soldado transformado en cureña. Sin embargo, se logró cargar la pieza.

—Bájese vd. un poco, dije á Valdivia, así... muy bien; ahora, ¡firme!

La cureña viva permaneció inmóvil, como si hubiese sido de fierro. Tomé la mecha de manos de un soldado, y la aproximé al oido. Salió el tiro; un enorme agujero apareció en el muro.

—¿Qué tal! exclamó Valdivia, medio levantándose sobre sus poderosas manos, para juzgar del efecto producido por la bala.

—Todo va bien, amigo; la bala ha dado en buen lugar.

Valdivia volvió á tomar la misma postura; cargóse de nuevo el cañon hasta la

boca: salió el segundo tiro, y la bala fué á dar contra el muro, rasando la orilla y levantando olas de polvo.

Por segunda vez se levantó Valdivia. ¡Oh, caballero! era digno de verse aquel hombre, fuerte como veinte, levantarse á cada tiro, y alzar al mismo tiempo la enorme masa que estaba atada á su cuerpo. Con las venas de la frente inchadas, el rostro inflamado, Valdivia seguía con la vista la huella de la bala, que le servía de guía. Nuestros valientes, que hasta entonces habian ahullado de sed, arrojando rugidos de admiración.

--Otro tiro, exclamó el atleta; pero apunte vd. á la izquierda.

Hice lo que ordenaba Valdivia; cargóse el cañon por tercera vez, y por tercera vez se oyó la explosion. Entonces creí escuchar una exclamacion sorda de Valdivia, que hizo un esfuerzo para levantarse un poco sin poder conseguirlo. Quitó el cañon de las espaldas del soldado. Valdivia arrojó un suspiro desde el fondo de su pecho, como un hombre que se siente aliviado de un terrible peso, y quiso enderezarse. ¡Inútil esfuerzo! sus piernas se negaron á servirle, y aquel hombre tan fuerte, tan vigoroso, cayó al suelo como una masa inerte.

Sin sospechar que aquella maravilla de fuerza, que aquellos brazos nerviosos, que valian para nosotros tanto como una máquina de guerra, hubiesen quedado paralizados, corrí á la brecha que acabábamos de abrir. Entretanto los cincuenta hombres mandados por el coronel, se habian lanzado de su escondite al escuchar el tercer cañonazo, y los gritos que arrojaban corriendo, llamaron la atencion en favor nuestro: en un abrir y cerrar de ojos se abrió un camino sangriento entre las filas españolas. Por la brecha abierta, nuestros soldados sedientos habian visto en el patio de la hacienda la noria que ocupaba el centro, y ningun poder humano hubiera podido resistir la impetuosidad de su ataque. Poco despues se verificaba en el patio de la hacienda una lucha terrible y furiosa, como en un abordaje. Las tinieblas ocultaban nuestro corto número á los ojos de los españoles sorprendidos, mientras que, con corta diferencia, nosotros conocíamos la fuerza enemiga. Los gritos estrepitosos de ¡hurra! ¡México! ¡independencia! resonaban por todas partes, y algunas veces oía al coronel que exclamaba: "¡Al comandante! ¡al comandante! ¡Es preciso cojerlo vivo, sin darle un solo raspon!

Entonces sentí la ausencia de Valdivia, cuyo poderoso brazo nos habria sido tan útil. Mientras hacia yo vanos esfuerzos para llegar hasta donde estaba el comandante, á quien reconocí en su uniforme, un lazo se meció un momento sobre su cabeza, y cayó apretándole el pescuezo; lo ví vacilar y caer; despues no ví ni escuché cosa alguna: un culatazo, que recibí en la cabeza, me arrojó sin conocimiento á los piés de los combatientes. Cuando recobré el sentido, la mayor tranquilidad reinaba en el patio de la hacienda; el heróico Valdivia se hallaba acostado junto á mí.

Algunos hombres tenian en las manos antorchas encendidas, que formaban un círculo inmenso de luz, iluminando vivamente los objetos, y en un espacio que quedaba libre en medio de la zona, alumbrada por las antorchas, unos hombres se ocupaban en plantar cuatro estacas.

—¿En, dónde estoy? exclamé reconociendo á Valdivia.

—En su casa, respondió éste. Hemos sido vencedores; bien lo habia yo pronosticado. Es verdad que...

—¿Y qué ceremonia están preparando? le pregunté interrumpiéndolo.

—Es una venganza que va á regocijar al coronel Garduño, contestó Valdivia.

Llevadas las cuatro estacas, á distancia casi igual unas de otras, condujeron á un hombre despojado de su uniforme, pálido y con los ojos huraños. Reconocí al comandante español, á quien habia visto caer en medio de la pelea.

—Comandante, dijo el coronel, que se adelantó hasta el centro del círculo de luz, ha ultrajado vd. gratuitamente á un enemigo cojido con las armas en la mano, y va vd. á sufrir el propio ultraje.

A un movimiento de Garduño, acostaron al comandante, con la cara contra el suelo; atáronle los piés y las manos á las cuatro estacas, y comenzó la flagelacion. Separé mi vista para no presenciar aquel triste espectáculo, que me explicaba la naturaleza del ultraje que el coronel habia sufrido por órden del comandante español.

—Ahora puede vd. irse, añadió, el coronel, así que terminó la ejecucion; y que no le acontezca á vd. jamas deshonorar su nombre violando las leyes de la guerra.

El comandante se alejó en medio de los hurras de los soldados, devorandó las lágrimas que derramaba de rabia.

—Y á vd., amigo mio, dije á Valdivia, tendido á mi lado, ¿qué le ha sucedido?

—He cumplido mi promesa, contestó simplemente el soldado. Un propio que acabo de enviar al general Rayon, va á instruirlo de nuestra victoria; su ejército no se pasará al enemigo, y la guerra continuará bajo sus órdenes. En cuanto á mí, continuó, no serviré gran cosa, porque tengo las costillas medio quebradas.

Dos veces habia sostenido el hércules sin moverse el rechazo del cañon; el tercer tiro le fué fatal. Sin embargo, la incalculable potencia de la pólvora no habia hecho mas que torcer sus vértebras de fierro sin poder romperlas, y por eso no habia muerto Valdivia.

Gracias al heróico sacrificio del hombre, apellidado despues *Cureño*, el general Rayon pudo continuar su marcha hácia Zacatecas. Sin embargo, no habia concluido con los obstáculos que sordos manejos multiplicaban á sus pasos. El general Ponce, instigador de la sublevacion, recordaba que la víspera Rayon habia tenido la debilidad de arreglarse con los sediciosos. Rayon, en efecto, para librarse de los amotinados, les habia dado esperanzas de que á la mañana siguiente accederia á sus deseos, permitiendoles que

depusiesen las armas y se aprovechasen del *indulto* concedido por el virey. Ponce reclamó el cumplimiento de la palabra que le habia dado. Aunque semejante exigencia produjese una indignacion casi general, Ponce logró seducir á cosa de doscientos hombres, con los cuales se pasó al enemigo algunos dias despues. Esta desercion, seguida de otras muchas, redujo á un puñado de soldados el pequeño ejército de Rayon. Con aquella banda, el general tuvo la fortuna de situarse en las inmediaciones de Zacatecas. Un guerrillero, cuyo nombre ha conservado la historia, Sotomayor, enviado por el general en jefe á las minas del Fresnillo, logró, despues de inauditos esfuerzos, acercarse á aquella posicion, de la cual se apoderó. Fresnillo está inmediato á Zacatecas. El general Torres por su lado habia llegado delante del campo del *Grillo*, cuyo nombre habia tomado por una montaña que se eleva á la vista de Zacatecas. En aquel punto se hallaba el grueso de la fuerza española que defendia la ciudad; mas para atacarla, Torres carecia, tanto de víveres como de artillería; resolvió tomar al enemigo cuanto necesitaba, y por uno de esos golpes atrevidos, que solo puede disculpar el resultado, logró apoderarse del

campo, en donde habia municiones de todas clases, seiscientos fusiles y quinientas barras de plata. Zacatecas no podia resistir: mil seiscientos hombres evacuaron la ciudad, y el 15 de Agosto de 1811, es decir, veinte dias despues de su salida del Saltillo, Rayon se encontró dueño de una de las plazas mas importantes de México.

La toma del campo del Grillo, la de Zacatecas, aterraron al gobierno español, y los nombres de Rayon y de Torres, desconocidos hasta aquel momento, se convirtieron en nombres gloriosos. Los jefes enemigos comenzaron desde aquel instante á contar con los generales insurgentes. Desgraciadamente, la retirada del Saltillo á Zacatecas, y la toma de esta última ciudad, parece que agotaron toda la energía moral y la ciencia militar del general Rayon. Desde aquel instante comenzó una série de faltas, que con raras excepciones, lo colocaron en una posicion desventajosa en todos sus encuentros con las tropas españolas. Entonces Rayon, aunque de un valor indisputable, comenzó á desconfiar de su fortuna. Al menor descalabro que recibia al principio de una accion, el general mexicano sentia el mayor desaliento, se consideraba vencido y retrocedia, sin tratar de recobrar las ventajas

momentáneamente perdidas. Poco tiempo despues, bajo el peso de sus repetidas derrotas, Rayon vió en la toma de Zitácuaro eclipsarse el prestigio y la gloria de su nombre.

Desde aquel dia fatal, Rayon, á quien habia abandonado su estrella, no fué, es preciso confesarlo, mas que un obstáculo á los progresos de la independenciam. Desnudo de esa grandeza de alma necesaria para descender por su propia voluntad del elevado puesto á que habia llegado, empleó toda la actividad de su genio en contrariar la elevacion de generales mas felices, ó mas hábiles que él. Sus pretensiones á conservar un mando supremo, cuyo peso lo oprimia, fueron funestas á la causa de la independenciam, y sembraron gérmenes de discordia entre los jefes del ejército revolucionario. Felizmente para la causa mexicana, se formaba lejos de Rayon, una nueva reputacion militar. Era la del hombre á quien la historia asignará, sin duda alguna, el primer lugar entre los generales que sostuvieron el nuevo pabellon mexicano, y cuya pérdida debian causar las pretensiones de Rayon; éste era el ilustre general Morelos.

La historia de Cureño era la misma del general Rayon, y me habia descu-

bierto uno de los episodios mas singulares de aquella guerra. La luz habia desaparecido completamente: nos rodeaban las tinieblas, las fogatas de los arrieros se habian apagado, y las solemnes armonías de la soledad, habian reemplazado á los confusos rumores que las brisas de la tarde conducian hasta nuestros oidos momentos antes. Ya era tiempo de irnos á la cama y de prepararnos con algunas horas de sueño á la jornada del dia siguiente. Sin embargo, antes de entrar á la venta, deseaba aclarar una duda en que me dejaba la relacion del capitán.

—¿Y su patria se ha acordado de Cureño? pregunté á D. Ruperto. ¿Su nombre vivirá en la memoria de los mexicanos al lado del de el general, á quien salvó con su heroico sacrificio?

—Hay, contestó D. Ruperto, algunas líneas consagradas al viejo soldado por los historiadores de la guerra de independencia: esa ha sido toda su recompensa, y cuando haya desaparecido de México la raza enérgica de que fué uno de los tipos mas nobles, nadie podrá decir en el país lo que el general Rayon debió á Valdivia Cureño.

CRISTINO VERGARA.

México cuenta pocas ciudades tan pintorescas como Jalapa y Tepic, las dos inmediatas al mar, y separadas por veinte leguas, una del Atlántico, la otra del Pacífico. En Jalapa, lo mismo que en Tepic, en las dos extremidades de la gran cordillera mexicana, se encuentran las mismas masas de sombra y de verdura, los mismos jardines embalsamados, la propia temperatura, sucesivamente fresca ó tibia, ya soplen las brisas de las montañas ó del océano. Puede decirse que Tepic es, respecto de San Blas, lo que Jalapa de Veracruz, una especie de gran ciudad, á donde van los habitantes de las costas á olvidar por un momento las penas y labores de su vida, á la sombra de los granados y de los naranjos. Habia salido de Jalapa hacia un año, cuando llegué á Tepic y al término de mi viaje, y me parecía haber vuelto al punto de partida: tan grande es la semejanza de aquellas dos ciudades, igualmente favorecidas por el clima, situadas de la misma manera, como frescas oasis, entre los llanos calurosos de la